

EL HUERTO DE GETHSEMANI.-Saliendo de Jerusalem por la puerta de San Estéban, antes de Josafat, se cruza el torrente Cedrón, se avanza unos cuantos pasos a la derecha, es decir al mediodía, y se llega al Huerto de Gethsemani (Bestan-ez-Zeitun, según los árabes). Está cercado por una blanca tapia construida por los franciscanos, y dentro, en divisiones por cuarteles por verjas ^{de madera} pintadas, abren sus corolas y exhalan sus perfumes el limonero, el narciso, la azucena, el heliotropo, el alelí doble, la siempre y muchas más bellas flores. Entre estas flores se levantan ocho olivos, vasos sagrados de santos recuerdos, testigos fieles de la última oración de Cristo. En el siglo XVII existían ocho olivos, pero uno de ellos fue víctima de la devoción: se lo llevaron en trozos los fieles peregrinos. Estos árboles subsisten como por milagro. Aún dan fruto (1883), pero sus troncos parecen petrificados y el espesor de ellos es tan grande que uno de ellos cuenta ocho metros de circunferencia. Hay quien haya negado la existencia de esos olivos, en tiempo de Cristo. Dicen: "Cuando Tito sitió a Jerusalem, ordenó a su ejército que cortara todos los árboles existentes a noventa estadios (cuatro leguas) de la ciudad. Pero Livinio, dice muy bien cuando afirma que estos árboles no pudieron ser cortados, porque los dardos, las saetas y toda clase de proyectiles lanzados por los defensores de la ciudad hubieran muerto a los cortadores. Moralmente resulta también imposible dicha tala, porque en todo sitio, los sitiadores han de levantar torres, parapetos, objetos que los oculte de la vista del enemigo sitiado y nunca han de presentarse en ~~zikk~~ lugares despejados. Luego no les convenía destruir los olivos de la historia. Pero el Huerto donde Jesús iba a meditar era mucho mayor. San Juan sienta ~~terminantemente~~ que Jesús entró con sus discípulos en el Huerto. Dentro se separa, según el

el texto evangélico. Existe la roca donde los discípulos durmieron mientras Jesús oraba, está ahora fuera del Huerto, a una distancia de sesenta metros. Seguramente el tiempo destruyó el muro que circundaba en un principio el lugar sagrado. De todos modos, queda lo suficiente para ir a rendir un tributo de fe al que murió por todos, y en el lugar que describimos sudó la sangre de la angustia.